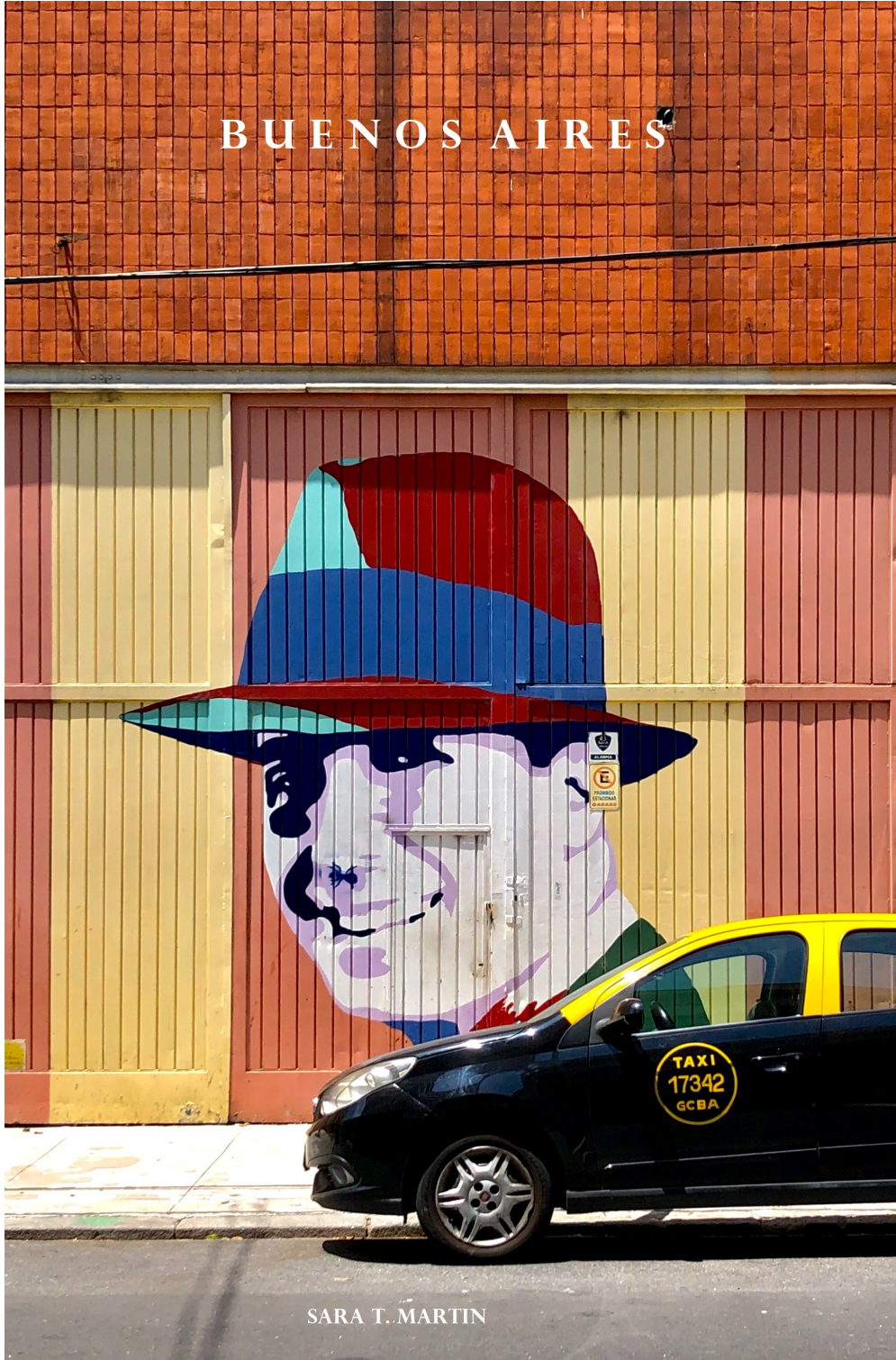


BUENOS AIRES.

Sara T. Martín



SARA T. MARTIN

Capítulo 1

PARTE 1.

Miro el reloj mientras pienso en todas las vueltas que me ha dado la vida hasta llegar hasta este momento.

Hace algo más de dos años estaba viviendo en Buenos Aires, la ciudad natal de mi madre. Trabajaba como periodista en una pequeña redacción, adoraba mi trabajo, aunque es cierto que solo me permitía dormir seis horas diarias.

Buenos Aires me acogió con todo el amor del mundo, me sentía como en casa y sobre todo me daba seguridad el hecho de irme a vivir sola tan lejos de mi país, España. Sentirte tan bien en un lugar que no es el tuyo es una sensación fantástica.

Vivía en casa de mi tía Matilde, una señora maravillosa a la que querré hasta que me muera.

Recuerdo que después de trabajar, casi todos los días, iba a una sala en la que se impartían clases de tango. Era lo que me hacía desconectar de todo. Solo iba una hora pero me sirvió para darme cuenta de muchas cosas, entre ellas, que no se me daba tan mal bailar y que el tango es demasiado bonito como para no descubrirlo.

En aquellas clases conocí a muchísima gente y entre todos ellos me quedé sin duda con los que se convirtieron en mis mejores amigos y prácticamente mi familia Alicia, Renata, Juancho, Benja, Román... El bueno de Román.

Román y yo nos conocimos en una de esas clases de tango. Recuerdo que durante uno de los descansos se me acercó y me preguntó si me apetecía una cerveza después. Acepté pensando que estaríamos todos pero mi sorpresa fue cuando solo estábamos el y yo. Creo que esa fue la cita en la que más relajada he estado en toda mi vida. Desde ese día Román y yo nos hicimos inseparables.

Nuestra historia ha sido la más intensa que he tenido jamás. Román y yo nos quisimos de manera incondicional, dándolo todo y dejándonos todo por el camino. Estuvimos un año y medio juntos y fue el mejor año y medio de mi vida.

Todo con él era increíble; el simple hecho de ir a bailar tango, salir a cenar, tener largas conversaciones, hacer el amor, reírnos... incluso discutir. Román ha sido sin duda la persona a la que más he querido en mi vida. El ha sido ese recuerdo que se te queda enquistado para siempre en la memoria.

Es arquitecto y por aquel entonces trabajaba en su propia oficina, era su propio jefe y eso le daba la libertad suficiente para escaparse e ir a verme a la redacción, comer conmigo, llevarme algunas flores de vez en cuando... aquello me encantaba.

Tenía la capacidad de conocerme como nadie y yo a él, quizá por eso cuando el destino decidió que nuestros caminos debían separarse llegamos al mismo punto de maneras muy diferentes.

Él me dijo que el trabajo que le había salido en Mendoza, una ciudad a más de mil kilómetros de Buenos Aires, era el más importante de su carrera como arquitecto y aunque lo entendí sentí que no me había dado el sitio que merecía a su lado. No me tuvo en cuenta y se lo hice saber teniendo la mayor discusión que jamás hayamos tenido. Fue una noche larga, tensa e intensa pero sabíamos que no podíamos dejar las cosas en

ese estado.

Nos dijimos cosas preciosas que nunca voy a olvidar. Y cosas tan dolorosas que creo que tampoco podré borrar de mi mente.

Llegué a Madrid una semana después, destrozada y sin ganas de nada solo con la esperanza de que un día apareciera en la puerta de mi casa, que me dijera que había sido un enorme imbécil y que me besara como solo él sabe hacerlo. Pero eso nunca pasó y mis esperanzas de volver a verlo se fueron desvaneciendo poco a poco hasta que a los seis meses decidí que ya no iba a esperar más, que tenía que pasar página y olvidarme de mi gran amor.

Recuerdo que estaba en casa haciendo limpieza profunda y que, debajo de la cama, encontré una caja con fotos de todas las épocas de mi vida, desde mi niñez hasta mi etapa en Argentina. Todo se me vino encima, lo que creía superado no lo estaba y lo más duro de todo fue darme cuenta de que echaba de menos a Román, mas que nunca.

Llamé a mi tía Matilde, a ella se lo cuento todo. Le cuento cosas que no le cuento ni a mi madre. Le dije lo que me pasaba con Roman y su respuesta fue clara: "Lucía Rodríguez Sosa dejá de comportarte como una tarada y vení a Buenos Aires a solucionar tu vida"

Esa frase era lo único que me hacía falta para que hacer lo que hice: comprar un billete de avión de ida destino Buenos Aires. La locura de mi vida.

No se cuanto tardé en hacer la maleta, ni cuantas horas de avión me metí entre pecho y espalda, solo sabía que ver a Román era lo único que tenía en la cabeza.

Llegué a casa de Matilde y dejé la maleta en la puerta, la saludé con un beso y después de una ducha me fui al centro de la ciudad, busqué su oficina y me senté en un banco.

Y aquí estoy ahora. Esperando a que salga de trabajar con el cuerpo agitado por los nervios de volver a verlo y sin saber como va a reaccionar cuando me vea.

Capítulo 2

PARTE 2.

Mientras todo en mi cabeza da millones de vueltas pienso en lo que voy a decir, si se lo voy a soltar todo de sopetón o si voy a ser delicada a la hora de decirle que él es el motivo principal de mi regreso a Buenos Aires.

No se como lo voy a hacer pero cuando alzo la mirada hacia la entrada de su edificio veo como sale y se despide de dos personas. Me tiembla todo el cuerpo pero de manera automática me levanto y comienzo a caminar hacia él, que no me ve porque esta de espaldas a mi.

Me paro a menos de un par de metros y cojo el aire que ahora mismo me falta.

-Hola Román.

Se gira con el semblante serio, no se si me habrá reconocido pero en cuanto me ve su expresiones cambia y no se si es para bien o para mal.

-No me lo puedo creer... Lucía, ¿qué hacés acá? - dice acercándose

-Sorpresa.

Recibo su abrazo y me derrito en el sitio. Dios, le abrazo y noto sus brazos apretando mi espalda mientras me quedo con el olor de su perfume.

-¿Que tal todo? ¿Como te va?

-Bien... muy bien. No has cambiado nada - dice tocando mi pelo - Te lo cortaste... te queda muy bonito.

-Gracias- digo brindándole una sonrisa -Tu si que cambiaste. Jamás pensé que te vería medio rapado y con esa barba. ¿Que ha pasado Román? - digo riéndome

-Pasaron varias cosas la verdad pero ya te contaré más relajadamente... ¿Te apetece una cerveza?

-Claro.

-Tengo que ir antes a darme una ducha a casa. No tardo nada... si quieres venir y así no tienes que volver al centro...

-Vale.

En cuanto entramos en su casa un montón de recuerdos se me vienen encima. No tendría que haber venido...

-No tardo nada. Estás en tu casa.

En cuanto pronuncia esa frase baja la mirada con una media sonrisa y

estoy segura de que ambos hemos pensado lo mismo "un día lo fue".

Cojo una cerveza de la nevera y salgo a la enorme terraza que da a las mejores vistas de toda la ciudad.

Ay Buenos Aires, cuantos momentos buenos me has dado.- pienso en voz alta

No se cuanto tiempo pasa hasta que oigo ruido dentro. Me giro y le observo de arriba a abajo. Que guapo está con esos pantalones grises y la camisa blanca.

-Te acompaño - dice con otra lata en la mano

Se pone a mi lado y sentirlo tan cerca despierta cosas en mi que pensé que estaban dormidas

-¿Que haces aquí Lucia?

-He venido a reencontrarme con todo. A intentar volver a poner todas las piezas en su sitio.

-Eso va a ser complicado, lo sabes, ¿verdad?

-Si. Pero espero que no imposible...- digo mirando mi lata de cerveza medio vacía -¿Que te pasó con el cambio de look?

-¿Te gusta? - me pregunta alzando la cejas -Me apetecía cambiar un poco.

-Te queda muy bien. Estas muy guapo.

-Eres de las pocas que lo piensan... Alejandro lo odia.

Le miro y él a mi. ¿Quién es Alejandro? Solo una pregunta se me viene a la cabeza...

-Román... ¿estás con un hombre?

-No. Pero ya te explicaré quien es Alejandro y el papel que juega en mi

vida... hay cosas que quiero contarte pero a su tiempo.

-No me rompas las pelotas Román – digo robándole una expresión que le encantaba decir

-Tranquila Lu. Nunca han dejado de gustarme las mujeres – dice mirándome mientras bebe de su lata.

Durante unas cuantas horas nos ponemos al día. Nos contamos que hicimos durante estos meses, que tal nos ha ido pero es obvio que hay cosas que no nos contamos.

Román y yo siempre hemos sabido leernos muy bien, a la perfección diría yo, por eso él sabe que me callo cosas y yo se que él también se las calla.

-¿Quieres que comamos juntos mañana? - me pregunta levantándose

-¿Cenamos mejor? Me gustaría comer con Matilde.

-Perfecto. Te paso a buscar a las nueve.

-De acuerdo – digo cogiendo mi bolso la mismo tiempo que paso por al lado de un mueble lleno de vinilos. No lo puedo evitar y me paro, empiezo

a ojearlos y saco uno de Carlos Gardel.

-¿Sigue siendo tu favorito?

-Si. Nunca dejará de serlo.

-Te lo puedes llevar si quieres. Era tuyo pero te lo dejaste aquí.

-No. No se me olvidó – digo mirándole viendo como masculla una pequeña sonrisa -¿Puedo? Solo una canción y me marcho

-Por favor.

Pongo el enorme disco negro en el tocadiscos que le regalé por su cumpleaños y cuando la aguja toca el negro y la música empieza a sonar una estúpida sonrisa aparece en mi cara.

Me apoyo en el respaldo del sofá y solo escucho mientras mis ojos se pierden en las vueltas de vinilo. Dios...cuantísimos recuerdos, los dos bailando en este mismo salón partidos de risa mientras arrasábamos con el vino.

Noto una caricia en mi muñeca y despierto de mi letargo. Román hace un gesto con la cabeza y me acerca a él. Pasa su mano por mi espalda y yo la

mía por sus hombros.

-Por los viejos tiempos.

Una sonrisa sirve de respuesta.

Empieza a sonar *Esta noche me emborracho* y perdiendo la noción de todo bailamos tango como si no pasara nada, como si siguiéramos juntos y después fuéramos a cenar a ese restaurante del centro que tanto nos gustaba.

Sentir la música abrazándonos, el calor de su cuerpo mezclado con el olor de mi perfume, su cara pegada a la mía... Es un momento precioso y destructivo a partes iguales.

No se nos ha olvidado como se hace y lo cierto es que la química que había mientras bailábamos sigue estando intacta.

El tango se acaba y con nuestros alientos casi mezclados nos separamos despacio. Mientras él recoge y guarda el vinilo yo recojo mis cosas y me dirijo a la puerta

-¿Nos vemos mañana? - me pregunta parándose muy cerca

-Si. A las nueve.

-¿Te acerco a casa?

-No, no hace falta... Necesito caminar un rato – digo viendo como asiente

-Nadie sale ileso a un buen tango.

Me rio y salgo de allí mientras me percato de su olor en mi ropa.

Capítulo 3

PARTE 3.

Juancho y yo hemos pasado todo el día juntos. Era mi mejor amigo aquí en Buenos Aires y de echo lo sigue siendo. A él es al único al que le cuento todo lo que me pasa. Él es la única persona que sabe TODO lo que ha pasado entre Román y yo, con todo detalle.

-Sinceramente creo que volveréis a estar juntos. Mientras tu estabas en España vi a Román unas cuantas veces... estaba fatal. No paraba de hablar de ti, me preguntaba por ti de manera insistente... como si fuera una necesidad vital para él el saber de ti y si estabas bien.

-Pues su actitud ahora no es para nada así. Se le ve muy seguro, tranquilo diría que hasta controlando la situación y no se como sentirme al respecto. No se que hacer.

-Si por ti fuera ya te habrías tirado a su boca – dice riéndose

-No lo sabes tu bien... En cuanto le vi te juro que perdí el norte.

-Estas enamorada como una perra Lucia.

Asiento mientras veo como Juancho abre la puerta de uno de los múltiples vestidores que hay en su casa. Es diseñador y hubo un tiempo en el que hacía realidad sus propios diseños. En casi todas las ocasiones yo era su maniquí... La verdad fue una época de lo más divertida.

-Dime que me vas a dar el gusto de vestirme para la cena de esta noche.

-Por supuesto. ¿Que me vas a poner?

Del vestidor saca un montón de prendas de ropa pero se le ilumina la cara cuando ve unos pantalones blancos preciosos

-Póntelos... Apuesto a que te siguen quedando divinos.

Me pongo el pantalón y joder, me queda de muerte. Me siguen quedando genial y la cara de satisfacción de Juancho lo dice todo. Se vuelve loco hasta que encuentra una americana oversize y un top cropped lencero de color negro.

En cuanto tengo puesto el conjunto entero me miro en el espejo y la verdad es que estoy divina.

-Cariño esto es toda una declaración de intenciones... si Román no te

desnuda esta noche me atrevería a decir que se ha cambiado de acera.

-No creo que se haya cambiado a tu acera... pero lo cierto es que si, es toda una declaración de intenciones - digo mirándome en el espejo - Por cierto, ¿tu que tal con Benja?

-Ay, el idiota ni se entera de las indirecta que le mando.

No puedo evitar reírme a carcajadas pero cuando me quiero dar cuenta están llamando a la puerta, Juancho se encarga de abrir mientras yo me acabo de maquillar.

No tardo más de diez minutos y cuando termino salgo

-Ya nos podemos ir - digo viendo la cara de Juancho en un segundo plano. Su cara de satisfacción pura me mata

-Estas guapísima Lu.

-El artista tiene la culpa - digo señalando a mi amigo

-No hay buen resultado sin una buena base. La musa tiene mucha culpa... pero bueno váyanse ya que van a llegar tarde.

Salimos de casa de Juancho y nos montamos en su coche.

-Antes de ir a ningún sitio quiero presentarte a alguien... ¿te parece bien?

-Vale pero... ¿no me puedes dar ninguna pista?

-Mejor no. Te lo cuento todo cuando lleguemos.

Cuando me quiero dar cuenta estamos en la puerta de su casa. Subimos y abre la puerta

-Alejandro, vení un momento.

Le miro sin entender nada y del salón aparece un niño de unos diez años, moreno, de ojos claros, con una sonrisa preciosa.

-Alejandro estas es Lucia... Lucia este es Alejandro, mi hijo.

Mi cara es un cuadro, no se donde meterme. HIJO.

Disimulo para que el niño no se moleste y le saludo con un cariñoso abrazo y él me dedica una tierna sonrisa.

-Papá me habló mucho de vos.

-¿Si?

-Si. No ha parado de hablar de en todo el tiempo.

Sonríó pero mi sensación por dentro es confusa. No se que sentir, ni como actuar. Joder, no se ni que coño decir.

-Luego vengo campeón. Se queda Bianca contigo.

-Dale pero no tardes... te quiero Pa- dice dándole un beso en la mejilla y yéndose al sofá

Bajamos en absoluto silencio y en mi cabeza solo hay preguntas.... muchísimas preguntas pero no digo nada hasta que llegamos al restaurante y nos sentamos en la mesa

-Te vas a morir si no hablas... pregunta lo que quieras.

-Cuéntame sobre Alejandro. No entiendo nada Román... absolutamente nada.

Me mira y bebe un trago de su copa de vino. Me da la sensación de que esta conversación va a ser larga pero necesito saber que está pasando. Que ha pasado con el niño y todas las consecuencias que esto puede traernos.

Capítulo 4

PARTE 4.

Me ha traído al restaurante Aramburu. Aquí me trajo en nuestra primera cita y aquí estamos otra vez.

Nos sentamos en una mesa preciosa y pedimos la cena.

-Quiero contarte Lucy.

-Tienes que contarme. Te escucho.

Suspira y me mira. Me cuenta que al poco de irme yo de Buenos Aires su ex mujer le llamó diciéndole que necesitaba conocer a alguien... ese alguien era Alejandro. Él no sabía de la existencia del niño ya que la madre nunca se lo dijo. Ellos se separaron antes de saber que ella estaba embarazada.

Cuando Román conoció al niño se enamoró de él al instante pero lo que no se esperaba es que la madre le dijera que tenía que quedarse con él... que no podía hacerse cargo del niño y aunque al principio se negó al final acabó accediendo, no sin antes hacerse una prueba de ADN. No había duda, el crio era suyo.

De eso hace solo unos meses. El niño se adaptó a la perfección porque no quería estar con su madre. No vivía bien. En cambio a Román le ha

costado más pero lo intenta llevar lo mejor que puede.

-Se que si te hubiera tenido a mi lado en todo eso todo hubiera sido mucho más sencillo... pero como fui un tremendo gilipollas lo tuve que pasar solo.

-Bueno, estate tranquilo. Ahora todo va a ir mucho mejor.

-Eso espero Lu. Desde que te marchaste todo ha ido cuesta abajo, lo único bueno que me ha pasado ha sido Alejandro y aunque me costó hacerme a la idea de que ser padre lo cierto es que no me disgusta.

-Me marché, pero ya sabes porque lo hice...

-Lo sé. Fui un boludo Lucía. No vi más allá del trabajo y te dejé de lado... lo siento.

No digo nada, simplemente bebo de mi copa de vino.

La cena está exquisita, echaba de menos la gastronomía argentina. Todo

está buenísimo pero noto a Román algo serio.

Salimos de allí mientras observo como se atusa la chaqueta.

-¿Te apetece una copa? - me pregunta con un aire seductor que me vuelve loca... y lo sabe

-Claro. ¿Vamos al bar de Benja?

Caminamos por la calle y en ciertos momentos nuestras manos se rozan pero ninguno toma la iniciativa... esto hace tiempo no nos pasaba.

En cuanto entramos en el bar de Benja y nos ve viene hacia nosotros con una sonrisa inmensa en la cara.

-Lucía de mi vida... ¡que sorpresa! - dice dándome un enorme abrazo. Saluda a Román y nos lleva a un reservado desde el que vemos unas vistas preciosas de la ciudad

-Lu, necesito saber que me has perdonado por lo que te hice.

-Román esto va mas allá de perdonar o no perdonar. Se trata de que he vuelto porque me di cuenta de que sigo enamorada de ti pero necesito saber que esto va a ser a partes iguales. No quiero dar todo y que me vuelvas a dejar por un trabajo a mil kilómetros de distancia.

Su cara es un cuadro y creo que he metido la pata así que decido ir al baño a pensar. No soy capaz de mentirle a él... coño, me conoce

demasiado bien y sabe que si le miento es porque hay algo que no quiero contar. Eso es algo que nunca he hecho y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Me miro al espejo e intento relajarme pero justo cuando voy a encarar la puerta para salir esta se abre y me sorprendo cuando veo a Román.

-¿Hay alguien? - me pregunta a un volumen casi inaudible. Niego con la cabeza y en ese momento cierra la puerta y se acerca a mi con una intensidad arrolladora.

Me besa y yo me dejo encantada. Sentirle tan entregado me turba y él lo sabe. Noto su mano en mi muslo, apretando con fuerza mientras me devora la boca con un ansia desmedida y me sube encima de uno de los lavabos pero me clavo el grifo en la espalda y paro.

-¿Estas bien? ¿Te hiciste daño? - me pregunta bajándose

-Si, me duele un poco pero se me pasará – digo con alguna mueca de dolor

-Creo que será mejor que nos vayamos y te mire esa herida – dice cogiéndome la mano mientras salimos de allí ante la mirada pícara de Benja que me tira un beso de despedida.

Nos montamos en su coche y lo cierto es que la espalda me duele

bastante y no puedo evitar mostrar las muecas de dolor.

-Tranquila, si vemos que la cosa va a peor te llevo al hospital. No te preocupes.

-Creo que estas tu mas nervioso que yo. Conduce y ya está, por favor.

-Sabes que me pongo muy nervioso con estas cosas Lu... - dice conduciendo a toda prisa, tanto, que llegamos a su casa en un tiempo récord.

Subimos y con algo de ayuda vamos al salón mientras Bianca coge su dinero y se marcha no sin antes despedirse de nosotros. Alejandro está dormido así que evitamos hacer cualquier ruido fuerte para que no se despierte.

Me quito la chaqueta y el top queda justo por donde he recibido el golpe.

-Es una herida pequeña pero puede que te quede algo amoratada la zona. Voy a curarte – dice sacando lo necesario de uno de los cajones del mueble del salón

No hablamos prácticamente nada y lo entiendo, después de la declaración de intenciones que le he soltado y lo que ha pasado en el baño yo tampoco sabría que decir pero de repente le oigo

-Es un top precioso Lu... Juanchito tiene muy buena mano.

-La verdad es que es un amor. Tiene un montón de ropa reservada para mi en su vestidor.

-Te queda de lujo – dice acariciándome la nuca

-Gracias. La culpa es de Juancho.

-Sin la percha no hay nada Lucia... Esto ya está – dice cerrando el cajón mientras me incorporo y me siento en uno de los sillones de su salón

Nos miramos durante unos segundos pero no decimos nada. Solo le doy las gracias cuando me ofrece una copa. Justo antes de dármela se agacha y se pone a mi altura.

Me entrega la copa y me mira. Sonríe justo después de darme un breve beso en los labios.

-Me alegro tanto de que hayas vuelto.

-Y yo de haberlo hecho – digo viendo como se sienta frente a mi mientras Carlos Gardel envuelve todo su salón

Capítulo 5

PARTE 5.

Tengo un dolor bastante intenso en el costado pero no me quejo, me bebo la copa mientras veo como se levanta y despacio cierra la puerta de la habitación de Alejandro.

No se para cuando llega a mi lado. Sigue hacia adelante un par de pasos y me tiende la mano.

-¿Bailamos?

Me levanto escondiendo la mueca de dolor y me acerco a él. Su mano pasa por la desnudez de mi espalda y la otra acoge a mi mano con ternura y fuerza.

Nos mecemos al son de la música. No bailamos tango, solo nos miramos.

-Te he echado mucho de menos – digo viendo como baja la mirada y vuelve a encontrarse con la mía

-Y yo a ti Lucía.

Se aleja de mi y va hacia la terraza, esa enorme terraza con las vistas mas increíbles que he visto en la vida. En la que Buenos Aires te recibe y te da la bienvenida cada vez que te asomas por ella.

-¿Que pasa?

Tiene la lata de cerveza en la mano pero en seguida la suelta. Se las frota con fuerza sin dejar de mirarme. Esta nervioso, lo se y el sabe que lo he notado. Me acerco a él para intentar tranquilizarlo pero justo antes de que pueda decir nada me coge la cara y me besa. No es un precisamente un beso calmado.

Me pilla por sorpresa y su lengua invade mi boca con la fuerza de un rayo impactando en un árbol en mitad del bosque.

Tardo unos segundo en reaccionar pero el ardor con el que me besa hace que me pierda por el camino un par de veces antes de separarme de su boca y observar sus labios hinchados.

Me mira algo desconcertado, con la respiración algo agitada y los ojos brillantes, llenos de deseo.

-Creo que nos debemos una conversación. Tenemos mucho de lo que hablar.

-Tienes razón, disculpame.

Se sienta en uno de los sillones que tiene en la esquina de la terraza, se cruza de piernas y menea la poca cerveza que le queda dentro de la lata. Suspira y me mira.

-Se que te pedí disculpas en su momento y que tuvimos una larguísima conversación en la que, de alguna manera, me vacié pero sigo sintiendo que te hice un daño que no voy a poder reparar y eso me come por dentro desde que me fui a Mendoza.

-Te sigues sintiendo culpable... pero sabes que te perdoné. Es cierto que

si lo vuelvo a pensar me duele porque teníamos una relación preciosa.

-Las circunstancias me hicieron tomar decisiones equivocadas y eso trajo consecuencias terribles.

-Pero eso forma parte del pasado – digo observándole de pie

-Lo se Lu pero no puedo dejar de pensar en todo lo que pudimos vivir juntos y no fue. En como hubiera afrontado lo de Alejandro si hubieras estado a mi lado, todo hubiera sido mucho mas sencillo.

Me siento a su lado y en seguida me acomoda junto a él pero me aparto un poco porque siento que para lo que le tengo que decir debo tener mi propio espacio. Intento acomodar todas las palabras en mi mente y transportarlas a mi boca para no dejarme nada sin decir y después de unos segundos de silencio le miro y hablo

-Cuando me dijiste que te habían ofrecido aquel puesto en Mendoza pensé que dirías que no o que te lo pensarías un poco mas, algo que pensándolo bien suena un poco egoísta por mi parte – digo dándole un sorbo a mi copa -Pensé que no me querías tanto como decías, me sentí en un segundo plano e insignificante no porque decidieras irte sino porque tardaste muy poco tiempo en decidirlo.

Me mira y en su expresión se ve perfectamente una grieta. Como esa pequeña grieta que aparece en un espejo y que cada vez se va haciendo mas y mas grande hasta que, de un pequeño toque, el cristal se rompe en mil pedazos y estalla por todo el espacio.

Y eso es exactamente lo que ha pasado. La frase que acabo de pronunciar tiene un efecto demoledor sobre él.

En cuestión de segundos esos ojos azules se llenan de lágrimas. Se tapa la cara con una de sus manos y solloza dejando la lata de cerveza en el suelo.

-¿Como pudiste pensar eso? Que no te quería, por el amor de Dios Lucia...

-En aquel momento era lo que sentía y es una tontería negarlo ahora. No te lo dije en su momento pero creo que es justo que lo sepas – digo mientras él se limpia las lagrimas

-Eres la persona a la que más he querido en mi vida con diferencia. No me puedes decir eso ahora – dice volviéndose a romper

-Lo siento – digo acercándome a él viendo esa mirada desecha y húmeda

Pongo mi mano en su pierna mientras él se recuesta en el sillón dirigiendo su mirada hacia el inmenso cielo negro sin dejar de llorar.

Hago un ademán de levantarme pero antes de que pueda ni siquiera incorporarme me coge la mano y la acoge entre las suyas que se lleva a la boca. Da un pequeño beso y me mira.

Con la mano que tengo libre le quito una de las lagrimas que cae por su mejilla, momento en el que veo como se acerca y pega su frente a la mía

-Siento infinitamente que te sintieras así – dice algo mas calmado, con los ojos cerrados intentando compasar su respiración -De echo creo que debes saber algo.

Se levanta del sillón y camina un par de pasos por la terraza con las manos en los bolsillos. Le miro expectante porque ha dejado la frase en todo lo alto.

-¿Que es lo que tengo que saber?

-Iba a pedirte que te casaras conmigo justo cuando me salió la oferta de Mendoza.

Me quedo blanca, estática en el sitio. Un montón de sensaciones se pelean en mi interior por salir a borbotones y no se muy bien como gestionar esto.

-Podías habérmelo pedido igualmente.

-Eso no hubiera cambiado nada Lucía.

-i¿Como que no?! Eso lo hubiera cambiado todo.

Nos miramos en silencio pero algo en mi no está bien y esa misma sensación que tuve cuando se fue es la que tengo ahora. La de no ser suficiente.

-No me diste mi sitio, te lo dije en su momento y te lo vuelvo a decir ahora. Y con lo que me acabas de decir me reafirmo – digo dándome la vuelta encarando la puerta de la terraza

Cojo mis cosas y voy directamente a la puerta de salida pero antes de irme me giro y le veo parado en mitad del salón acongojado y agobiado.

-Creo que no ha sido buena idea volver. Antepusiste tu trabajo a lo que

teníamos, incluso a la idea de pedirme que me casara contigo.

No recibo respuesta, solo observo como baja la mirada y se muerde el labio así que decido salir de su casa.

En el taxi, de camino a mi casa, pienso en lo estúpida que he sido al creer que todo volvería a ser como antes. Esto no es una comedia romántica de Julia Roberts o Amy Adams. Ojalá lo fuera.

Capítulo 6

PARTE 6.

Llevo un par de días sin salir de casa de Matilde, solo la he acompañado a comprar porque necesitaba mi ayuda y ya. No he salido para nada más y la ducha que me he dado hace un rato no ha cumplido su efecto de espabilarme. Sigo en la inopia, dándole vueltas a todo.

Mientras ella se empeña en hacer la comida y por como huele debe estar haciendo Locro, mi debilidad. No he probado uno mejor que el suyo y sabe que ahora mismo me vendría muy bien. Matilde me conoce como nadie.

Ojeo mis redes sociales en el móvil y un pensamiento intrusivo se cuela en mi cabeza. Si lo mio con Román ya no tiene vuelta atrás no se muy bien que hago aquí. Tengo que coger un billete de vuelta para Madrid. Y eso hago, me pongo a buscar billetes.

Hay un vuelo a muy buen precio que sale en un par de días por un precio bastante económico así que sin darle muchas mas vueltas decido comprarlo pero justo cuando me falta confirmar el ultimo paso un mensaje de Juancho aparece en mi pantalla.

“Han robado en El Caminito Lu. Lo han dejado destrozado. No queda nada”

En cuanto lo leo me da un vuelco el corazón. El Caminito es la sala donde bailaba tango y donde conocí a todos los que hoy forman parte de mi vida aquí en Buenos Aires.

En seguida llamo a mi amigo que me coge el teléfono apenado.

-¿Te paso a buscar y vamos a ver si podemos ayudar? La pobre Isabel tiene que estar deshecha.

-Si. Dame diez minutos que me vista y salgo a la puerta. Te espero fuera.

Abro el armario y me pongo unos vaqueros negros, una camiseta blanca y mis tenis blancas nuclear. Me cojo el pelo en un moño de estar por casa por que no me apetece nada peinarme. Después de coger is gafas de sol y mi bolso me despido de Matilde, que me regaña por dejarla comiendo sola y aunque le prometo que no llegaré tarde no se fía y me regala una bonita colleja después de darme un beso en la mejilla.

Justo cuando salgo de casa aparece Juancho con su coche, puntual como un británico. Me subo y nos damos un beso.

-Que pena lo de Isabel, vamos a ve si podemos hace algo.

-Pues si. Por lo visto entraron anoche y se llevaron todo lo que pudieron.

-¿Los cuadros de Gardel también? - pregunto esperando una respuesta negativa pero asiente y no puedo evitar entristecerme mucho.

Llegamos en veinte minutos pero antes de bajarme del coche Juanchito echa el seguro y no me deja bajar.

-¿Que haces? - pregunto mirándole extrañada

-Odio que vayas con esos pelos de loca. Con el pelo tan bonito que tenés - dice haciéndome una trenza de espiga preciosa -Mucho mejor.

Vamonos.

Nos bajamos del coche y mientras nos acercamos a la puerta me fijo en las ventanas que parecen bastante normales.

Juancho abre la puerta y arriba no se oye nada, creo que somos los primeros en llegar. Hacía mucho tiempo que no entraba aquí y todos los preciosos recuerdos que he pasado aquí vuelven a mi memoria como un vendaval.

Me fijo en la parte de abajo, en la recepción y todo parece normal, no parece que haya pasado nada pero no me detengo mucho más y sigo caminando detrás de mi amigo.

Subimos las escaleras y los cuadros de Gardel siguen en su sitio, absolutamente todos y es cuando me paro, en mitad de las escaleras.

-¿Que coño hacemos aquí Juancho? Aquí no ha pasado nada.

-Ayudar, eso vamos a hacer. El desorden está aquí arriba Lucia – dice mientras sigue subiendo las escaleras y entra en la sala de baile

Subo los pocos escalones que me quedan hasta llegar a la puerta y cuando abro lo que me encuentro no es ni mucho menos un robo o un desvalijamiento. Todo lo contrario, está todo perfectamente ordenado y limpio.

Me acerco a mi amigo y le miro con los ojos inundados en la ira que ahora mismo me recorre todo el cuerpo.

-Que mierda Juancho... - digo matándole con la mirada

-Lo siento pero no podía dejar que dejaras esto en el aire. Volviste por esto y tu nunca dejas las cosas a medias - me contesta justo antes de

darme un beso en el pelo y largarse como una hiena asustada.

Esta me la cobro Juancho de los cojones.

Entro en la sala después de cerrar la puerta. Observo toda la sala, los sombreros, los cuadros, los zapatos de Isabel que tanto mundo tienen. Si esos zapatos hablaran...

-Hola Lu – me sorprende una voz a mi espalda y por ende me sobresalto porque creo que esto sola

-¡Dios que susto! - digo llevándome las manos al pecho - ¿Que haces aquí Román?

-Quemar mi ultimo cartucho, supongo.

Le miro y me enfurezco, no se porque hace todo esto. Yo ya no quiero seguir con esta mierda, estoy dolida y sigo sintiéndome como una autentica mierda.

Le miro y exploto. No puedo más.

-¿Tu tienes idea de lo mal que me he sentido? ¿De lo miserable y estúpida que me sentí la otra noche cuando me dijiste que tenias pensado pedirme matrimonio? La verdad es que al principio no sabía muy bien como sentirme ante esa declaración pero joder... Ya no es que solo pusieras por delante de nosotros ese trabajo, ies que lo antepusiste a la idea de pedirme que me casara contigo! Y luego tienes los cojones de ponerte a llorar cuando te digo que sentí que no me querías tanto como decías. Vete a la mierda Román.

-Se que me equivoqué Lucía, me equivoque muchísimo y se que probablemente no me perdones nunca pero quiero y necesito que sepas que te quiero. Te he querido como a nadie en la vida y me arrepiento todos los días de haberme ido a Mendoza. Nunca, nadie me ha hecho sentir lo que sentía cuando estaba contigo.

-Pues parece que note importó una mierda lo que pudiera sentir yo – digo apoyándome en uno de los poyetes de las ventanas.

Cierra los ojos y suspira profundo y fuerte. Señal de que está frustrado.

-No se que más puedo hacer o decir pero lo que tengo claro es que no quiero volver a perderte. Me sorprendió volver a verte en la puerta de la oficina después de tanto tiempo pero fue verte y sentir que no te quería soltar – dice acercándose a mi pero yo sigo manteniendo las distancias

-¿Porque te fuiste a Mendoza? - pregunto intentando mantener la calma

-Porque nunca se me había presentado una oportunidad así y pensé que podría con todo, que sería capaz de compaginar mi vida allí con la de aquí, pero ya viste que no fue así – me contesta sosteniéndome la mirada

No tengo mucho mas que decir, siento que me he vaciado por dentro que solo quiero volver a comerme la comida que Matilde dejó preparando cuando me fui de casa. Estoy apática, triste y desilusionada así que no digo ni una sola palabra más, simplemente me doy la vuelta y me marchó.

Mientras bajo las escaleras escucho como me dice que me espere aunque no le hago caso y sigo mi camino hacia la salida pero justo cuando estoy a punto de salir me fijo en una foto que hay colgada al lado de la recepción que nunca había visto. Me acerco a ella y la observo, es una foto preciosa

que no se porque ha estado tanto tiempo guardada.

Somos unos cuantos en esa foto, el grupo al completo, todos contentos y sonriendo. Mis amigos y yo. Mi amor y yo. Un pellizco me atraviesa el corazón y en ese momento me fijo en otra foto que hay justo al lado, en blanco y negro.

Somos todos nosotros bailando, o por lo menos intentándolo, y en la esquina superior derecha estamos Román y yo, radiantes, riendo a carcajadas y bailando, mirándonos, siendo felices.

Algo cae en mi como una losa, un peso en mi espalda, una presión que hace que se me cierre el estómago, que aparezca un nudo en mi garganta y todo eso provoca que arranque a llorar con una intensidad arrolladora. Sollozo sin apenas poder respirar, todo se me viene encima y aunque solo dura unos segundos me agota por completo e incluso me levanta dolor de cabeza.

Me limpio las lagrimas y me giro para ir hacia la puerta de salida pero en cuanto la encaro Román aparece en las escaleras con los ojos hinchados y la nariz roja.

Nos miramos y se acerca a mi con la expresión triste.

-Lo siento mucho Lucia – dice acariciándome la cara - Te juro que lo siento en el alma.

Se acerca hasta que su frente y la mía se encuentran. Su mano derecha pasa por mi cuello, acariciándolo suavemente mientras que la otra acaricia mi brazo hasta que ambas manos se posan en mi cara. Mi nariz acaricia su cara hasta que nuestras bocas se encuentran.

Al principio es un beso tímido, supongo que por temor a que me aparte, pero cuando noto una de sus manos posándose en mi cintura y acercándose a él profundizo el beso hasta que nuestras lenguas se reencuentran.

El beso se vuelve mas intenso y nuestras respiraciones comienzan a agitarse.

Entramos a trompicones en el que era el vestuario de Isabel y en el que sigue habiendo un sofá al lado de los percheros donde están todos sus trajes. Observo todo en el par de segundos que me da Román mientras él cierra la puerta y echa el pestillo. Viene directo a besarme como un animal y le recibo justo para empezar a quitarle la ropa mientras él me devora la boca.

Ya no recordaba lo hábiles que eran sus dedos para deshacerse de mi ropa con una rapidez pasmosa y en menos de lo que podría llegar a pensar toda nuestra ropa esta esparcida por el suelo. Nos miramos el uno al otro y sus manos acarician todo mi cuerpo mientras nos dejamos caer en el sofá.

Me acomodo y observo como sus labios van dejando un rastro de calidez por todo mi cuerpo al mismo tiempo que sus dedos acarician con fuerza mis costados. No puedo reprimir el jadeo que sale de mi boca cuando noto sus labios en la parte interior de mis muslos.

Su boca y mi sexo se reencuentran después de mucho tiempo.

Soy incapaz de reprimir los gemidos de placer que me produce sentir la humedad de su lengua entre mis piernas. Busco su brazo y el busca el mio, los apretamos.

Explora y me guía hasta llegar al punto de estar varias veces a punto de llegar al orgasmo pero justo cuando estoy llegando para

-No pares ahora joder – digo ahogada en una nube de placer

Sonríe con una pizca de malicia mientras se acerca peligrosamente a mi boca hasta que me besa y su lengua y la mía bailan en un ambiente húmedo y sexual. Noto su sexo entrando dentro de mi y yo lo recibo con todo el placer del mundo escuchando el gemido que sale de la boca de Román. Inmediatamente le beso mientras noto su movimiento y como me devora el cuello. Nuestras bocas se rozan y nuestros alientos se mezclan. La atmósfera que nos envuelve es perfecta.

Nos miramos sin decir nada mientras nos devoramos el uno al otro y las embestidas cada vez son más rápidas, gemimos alto hasta que llegamos

al orgasmo y nos fundimos en un clima de calor y sexo perfecto.

Se queda tumbado encima mio en el sofá mientras me da pequeños besos en el cuello

-Román, creo que deberíamos irnos.

-Isabel no viene hasta mañana, tenemos toda la noche – dice volviendo a besarme

-¿Pretendes que pasemos toda la noche aquí? - pregunto acariciando su espalda

-Supongo.

-Pues supones mal, no me voy a quedar aquí toda la noche.

Me levanto del sofá y empiezo a buscar mi ropa interior ante su atenta mirada

-No se como hacer esto Lu.

-¿Hacer el que? - pregunto vistiéndome al mismo tiempo que le lanzo su ropa

Está confuso pero si piensa que me voy a ir esta muy equivocado.

Nos vestimos pero justo antes de salir. Me detengo en la puerta y me giro encarándolo, que me mira algo confundido

-¿Que va a pasar ahora? - me pregunta acabando de acomodarse la ropa

-Que me vas a llevar a tu casa, vamos a comer juntos y vamos a hacer el amor otra vez, ¿te parece? - digo acercándome a él hasta que nuestras bocas están casi pegadas

-Eso quiere decir que te quedas, ¿no?

Asiento y antes de que pueda decir nada me está besando como un loco acorralándome de espaldas a la puerta, agarrándome la cara con las dos manos.

-Te quiero muchísimo Lu.

Le miro y me pierdo en esos ojos azules hasta el infinito. Le vuelvo a besar, esta vez mucho mas delicado.

-Y yo a ti. A ti y a este sitio – digo observándolo

No nos podíamos haber reencontrado y reconciliado en un lugar mejor.

Al fin y al cabo este es mi sitio. BUENOS AIRES.